

## XIII

### EL PRIMER MUNDO: EXPOLIANDO A LA MADRE TIERRA

*«El único modo de que los países ricos puedan hacerse más ricos  
es que haya crecimiento económico mundial y podamos  
incrementar el comercio»*

PRESIDENTE BIU CLINTON. Tokio, 1993.

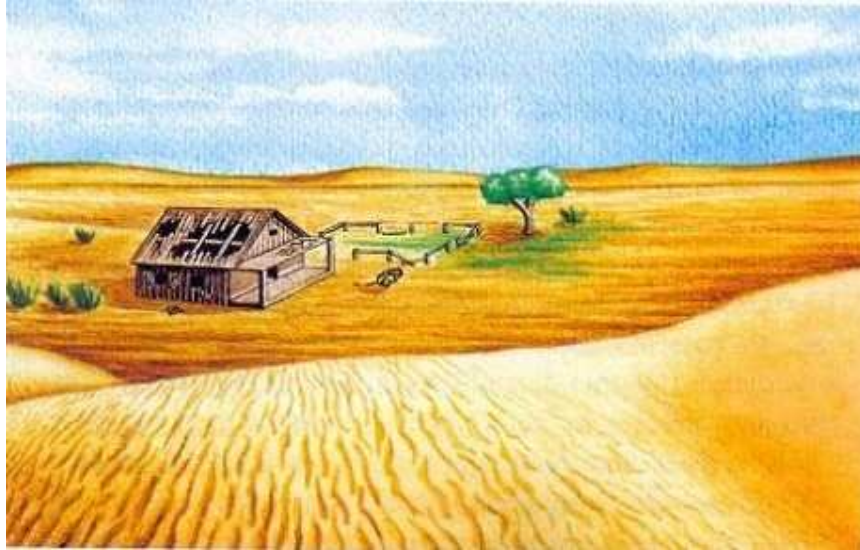
**D**urante muchos años, antes de la llegada de la televisión (para vosotros la prehistoria), las únicas imágenes «vivas» que, los que ahora somos mayores, hemos tenido de países lejanos, eran las de las películas. En ellas, veíamos cómo unos señores muy relamidos y muy bien vestidos luchaban en la India contra enormes bandas de locos fanáticos y ganaban sin que se les despeinase el flequillo, o cómo en África unos exploradores con unos elegantes «bermudas» eran atacados por bandas de feroces caníbales pintarrajeados, que ponían cara de tontos cuando oían un fusil y salían corriendo. También podíamos ver cómo una encantadora familia de «colonos» era atacada por malvados «pieles rojas», pero el papá, que era muy valiente, mataba treinta o cuarenta indios con un revólver de seis tiros, sin necesidad de cargarlo. Y en el cine, todos aplaudíamos cuando mataban muchos indios, y, sobre todo, cuando llegaba el *Séptimo de Caballería*. Las historias eran siempre la lucha de los «hombres blancos» contra todos los demás (el colmo eran las películas «de piratas», en las que, casi siempre, un señor muy desagradable que se llamaba Erroll Flynn, con una melenita rubia con rizos, y vestido con unos *pantys* a rayas, daba unos ridículos saltitos por los barcos y destruía los barcos de los malvados españoles, que eran unos señores muy feos y estúpidos, con la cara pintada de marrón y una ceja continua). Pero las películas eran tan emocionantes que todos nos poníamos muy contentos cuando ganaban «los buenos». Y a fuerza de ver esas películas todo nos parecía muy bien y no nos preguntábamos qué demonios hacían esos señores «blancos» en la India o en África o hundiendo los barcos de los demás.

La industria de Hollywood nos explicó la historia en películas de «buenos» y «malos», y los «buenos» eran siempre los mismos (los que hacían las películas). Y lo malo es que esas imágenes tienen una gran influencia en las personas, sobre todo cuando las ven desde niños, porque, sin darse uno cuenta, se acaba asociando a los «buenos» con las personas altas, rubias y guapas, y a los «malos» con los que son feos y renegridos (todavía podréis verlo en muchas películas). Pero (aunque también en este libro, a veces, lo parezca) la historia de los hombres no es una película de buenos y malos. La mayoría de las gentes de todos los países son, en el fondo, muy parecidos, son buenas personas y quieren vivir en paz. Lo único que se puede considerar claramente como «malo» son las ideas simplistas, estúpidas, como creer que unas «razas» son superiores a otras, o que los «hombres civilizados» pueden ser los dominadores de la Naturaleza. O convencerse de que la competencia permanente entre todos los hombres es una cosa buena, y que los que ganan son los mejores. Como hemos visto, estas ideas simplistas las inventaron, en el siglo XIX, unos señores (que no eran precisamente «indígenas», ni mineros, ni agricultores, ni ganaderos) y las disfrazaron de «teorías científicas» para justificar lo que habían hecho antes, y la situación que existía en el mundo.

Lo malo es que, ahora que sabemos que de ciencia no tienen nada y hemos comprobado el daño que han causado a la mayor parte de la humanidad y de la Naturaleza, en casi todo el mundo se sigue actuando de acuerdo a estas ideas, porque, aunque ya se sabe que no son científicas, son las que dirigen la economía (la «creación» y el consumo de la riqueza) que parece que es lo único que importa. Los países han de ser «fuertes y competitivos» y también las personas; los agricultores, los trabajadores, los empresarios, los científicos,... deben «producir» más y «vencer» en la competencia, y los que pierden son «inferiores» (ahora «perdedor» se usa como insulto). La vida se ha convertido, para la mayoría, en una loca competencia en la que no se puede parar, porque el que se para se queda fuera, marginado...

Y como podréis suponer, en todas las competiciones hay pocos ganadores y muchos perdedores. Pero no sólo son los países del Tercer Mundo, que ya han perdido la competición, sino también los países «ricos». Y los perdedores son tanto los hombres como la Naturaleza. Por ejemplo, la agricultura se ha convertido desde hace poco tiempo en un negocio que tenía que ser «competitivo»: para que lo fuera, los agricultores tenían que producir mucho y con buen aspecto. Y para conseguirlo, tuvieron que cultivar grandes extensiones de un sólo cultivo que fuera rentable. Se comenzaron a utilizar fertilizantes químicos y pesticidas y hubo que comprar maquinaria agrícola cada vez más moderna y más cara. Esto ha sido un gran negocio para las industrias químicas y de maquinaria, pero los agricultores tradicionales que tenían pequeñas granjas no han podido competir con las grandes empresas de la alimentación, que montaron grandes cultivos mecanizados, y han tenido que abandonar sus tierras. Por ejemplo, en los últimos cuarenta años, en Estados Unidos se han arruinado más de tres millones de granjas y la mayoría de los granjeros quedaron en el paro. Pero, además, el cultivo-negocio tiene consecuencias desastrosas para la tierra: cuando los agricultores tradicionales enriquecían el suelo con estiércol, devolvían a la tierra materia orgánica que entraba de nuevo en el ciclo biológico. Pero los fertilizantes químicos dañan las bacterias del suelo, con lo que las plantas pierden la capacidad de absorber sustancias nutritivas de dicho suelo y dependen cada vez más de los productos químicos. Además tampoco absorben bien los fertilizantes, con lo que éstos, junto con los pesticidas, se van filtrando hacia las aguas subterráneas o desaguan en ríos y lagos, contaminándolos. La tierra va perdiendo así materia orgánica y capacidad para retener la humedad y se queda muerta y árida, y es más fácil que la erosión del viento y el agua la conviertan en un desierto.

Con la producción intensiva («industrial») de carne, pasa algo parecido: la competencia hace que los pequeños ganaderos no puedan subsistir. Además, esta forma de producción aumenta la desigualdad en la distribución de los alimentos: por cada kilo de carne que se produce, el ganado criado así consume decenas de kilos de cereales y con las toneladas de carne que sobran en las dietas de los países ricos (muchos de cuyos ciudadanos tienen problemas de salud por exceso de dieta proteica), mucha gente podría disponer de diez veces ese peso en cereales para su alimentación.



En los mares, las grandes empresas pesqueras que muchas veces usan métodos ilegales para capturar muchos peces (y entre ellos a miles de delfines y tiburones), han producido grandes daños a las reservas marinas. Según la FAO, de los 17 «bancos de pesca» principales (zonas de mar donde abundan los peces) que están siendo explotados exageradamente, 9 se encuentran en peligro de desaparición, y desde 1989, las capturas de pesca han ido descendiendo en el mundo. Las consecuencias de esta forma de «explotar los recursos» es una pérdida creciente de biodiversidad, tanto en los mares como en la tierra. Se han perdido cultivos tradicionales y variedades de ganado que estaban adaptados a sus tierras y a sus climas. y existe un mayor peligro de que se produzcan plagas y enfermedades que acaben con las grandes extensiones de cultivos y con las explotaciones ganaderas.

Las famosas «leyes» de la libre competencia hacen cada vez más difícil la vida de los que sólo quieren vivir tranquilamente con lo suficiente. Sólo se puede ser «ganador» o «perdedor». Y lo mismo que los pequeños agricultores, ganaderos o pescadores pierden la competición contra las grandes empresas, los pequeños comercios familiares se arruinan y tienen que cerrar cuando en su ciudad se instala un gran hipermercado, que suele ser de alguna gran empresa extranjera. Las pequeñas tiendas que eran un agradable sitio donde los vecinos compraban sin prisas y charlaban entre sí y el tendero conocía sus gustos y los aconsejaba, sólo se mantienen, por el momento, en pequeños pueblos. En las ciudades son enormes y fríos almacenes donde los clientes cargan rápidamente en carros sin mirarse a la cara y corren a unas largas colas para pagar a una pobre cajera agobiada por el tenso trabajo. Pero también los hipermercados compiten entre sí y, a veces, alguno es vencido por la competencia y tiene que irse a otro sitio.

Y la competencia entre estas grandes empresas extranjeras, que cuando están establecidas en varios países se les llama «multinacionales», es el reflejo de la competencia que existe entre los países ricos. Porque Europa, Japón y Estados Unidos, en el fondo son enemigos económicamente y luchan entre sí porque su «balanza comercial» sea favorable, es decir, por vender más de lo que compran, por ganar más dinero. Y dentro de Europa, los países del Norte, más industrializados, compiten entre sí, y todos con los del Sur, más

agrícolas. Y entre éstos, los agricultores (de Francia, España e Italia) son rivales, incluso los agricultores de unos países atacan a los camiones de productos de los «competidores». Pero también dentro de cada país existe la competencia económica entre las regiones y las más ricas, las más industrializadas, se enriquecen cada vez más mediante el comercio de tecnología por alimentos con las más pobres. En los países ricos, las relaciones entre los hombres se han convertido en una tensión permanente, en una lucha continua por conseguir cada vez más riqueza. La extraña enfermedad de la avidez de dinero hace que cuanto más se tiene, más se quiere y que, cuanto más rico, se es más egoísta.



Y así, en la sociedad de la competencia, cada vez hay más perdedores. Las grandes empresas tienen que ganar cada vez más dinero para poder ser «competitivas» con otras, y, para eso, introducen maquinaria más moderna que necesita menos trabajadores, o llevan sus fábricas a países del Tercer Mundo donde pagan sueldos muy bajos, y cada vez hay más personas en el paro. Y los que tienen trabajo, deben trabajar como locos para ser «competitivos» y que no les echen...

Y el paro lleva a la pobreza y ésta a la marginación y a la delincuencia. Por ejemplo, Estados Unidos, que es el país más rico de la Tierra y que además tiene «intereses económicos» en todo el Mundo, tiene 30 millones de pobres absolutos y más de 1 millón de personas en la cárcel.

De esta forma, también en el Primer Mundo la vida se hace cada vez más dura y cada vez más absurda e irreal, porque lo único que importa es el dinero, las «leyes» de la economía, que no entienden de personas, sólo de cifras.

Según la organización Cáritas Internacional, en España, ocho millones y medio de personas viven en la pobreza, y el número aumenta continuamente. Mientras, los especuladores, los bancos, los «negociantes», acumulan cantidades tan grandes de dinero que no se puede ni ver, ni siquiera imaginar, y mucho menos gastar en toda su vida. Y esto es lo que las «leyes» de la economía llaman «crear riqueza» porque lo que importa son las cifras «macroeconómicas», es decir, que aumente el «P.I.B.» (producto interior bruto), la «balanza comercial!», el «consumo» o la reacción más divertida: la «renta per cápita», que consiste en sumar todo el dinero que «se produce» y

dividido por el número de personas de un país. Es decir: si tú tienes un pollo y yo no tengo nada, tenemos medio pollo «per cápita». Y como estas «leyes» de la economía están tan alejadas de la realidad, de la vida de las personas normales, y son las que dirigen el Primer Mundo, cada vez vivimos en un mundo más falso y más lejos de la realidad. Y, a veces, cuando oímos hablar a los «expertos» de la economía con frases tan elegantes como las que tanto sorprendían a Obélix: «Los precios de la coyuntura vuelan con el mercado alcista y te ofrezco la demanda» («*Obélix y Cía.* ») nos parece, como a él, que nos hablan en otro idioma.

Pero el daño que ha causado «la cultura de la competencia» a todo el mundo, no es nada en comparación con el que todavía puede causar: su sistema económico ha hecho que se haya llegado al absurdo de que los especuladores acumulen grandes fortunas por el método de «comprar y vender dinero» (¿podéis comprenderlo?: yo no) y pueden arruinar la economía de un país mediante «maniobras especulativas». La economía mundial se ha «globalizado» y cualquier empresa de otro país puede instalar una fábrica en vuestra ciudad y, si de repente les parece que ganan poco dinero (aunque siempre ganan mucho), como las personas que trabajan en ella no les importan, cierran la fábrica (ha pasado varias veces) y la ponen en otro país donde paguen menos a los trabajadores, y los de vuestra ciudad se quedan en paro.

Pero, como a las personas que controlan la economía mundial, que son muy pocas (según el informe de la ONU del año 98, las 225 personas más ricas del mundo tienen tanto dinero como lo que gana en un año el 47% más pobre de la humanidad), lo único que les importa y de lo único que entienden es de ganar cada vez más dinero, han puesto a toda la Tierra, pero especialmente a los países ricos, en un gran peligro, porque esta forma de actuar hace que muchos de estos países no sean autosuficientes, es decir, que no podrían mantener a su población con los alimentos que producen. Por ejemplo, los Países Bajos son una potencia industrial y comercial, pero los ciudadanos consumen una cantidad de alimentos y materiales para la que serían necesarias 24 millones de hectáreas de terreno, que es ¡diez veces! la superficie de los terrenos de cultivo, pastos y bosques que les han quedado sin cubrir por el asfalto y el cemento. Son países ricos, pero dependen de los alimentos de otros países a los que venden tecnología. El caso más extremo de esta dependencia es Japón que tiene que comprar a otros países casi el 80% de los alimentos que consume. ¿Qué pasaría si por algún desastre natural o por alguna crisis dejaran de llegar alimentos de fuera? Sin embargo, cada vez hay más países ricos en esta situación, e incluso los que podrían producir todo lo que consumen (por ejemplo, España) están dejando de ser autosuficientes porque es «más rentable») importar alimentos o materiales más baratos de otros países.

Parece que lo lógico sería que los «sabios» de la economía (porque, al parecer, sólo en España, hay siete «sabios» de la economía) se dieran cuenta de este peligro y pensasen en la necesidad de cambiar este sistema económico mundial que sólo crea problemas, y no sólo a los países pobres, sino también, y con el tiempo más graves, a los países «desarrollados». Pero su solución es todo lo contrario, y cada vez hay más recursos y riqueza en manos de menos personas y, como consecuencia, más pobres en el Mundo. Los expertos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo realizan,

cada cierto tiempo, estudio sobre la evolución del reparto de la riqueza en el mundo, y los resultados son estremecedores: en 1960, el 70,2% de la riqueza mundial estaba en manos del 20% de la población, y el 2% en manos del 20% más pobre de la población. Pero la situación ha ido a peor y, en 1989, el 20% más rico tenía ya el 82,7% de la riqueza, mientras que el 20% pobre pasaba a poseer al 1,4%. En 1998, ese 20% ha llegado a poseer el 86% de la riqueza de todo el Mundo. ¿Habrán pensado lo que van a hacer con su riqueza cuando ya la tengan toda? Tal vez se tengan que poner a trabajar.